

Carveriana

(A PARTIR DE *ERRAND* DE RAYMOND CARVER)

de

Magdalena Bournot y Paula Errando

En el escenario vemos el decorado de una habitación de hotel. Las dimensiones de la habitación son menores de las del escenario, con lo que podemos ver también la caja negra del teatro (parte del fondo, bambalinas, etc.). La habitación está formada por dos áreas: el dormitorio, donde hay una cama matrimonial, dos mesitas de noche y una silla, y una antesala con un escritorio y un sofá. En la cama se encuentra Anton CHEJOV en estado terminal. Sentado en la silla, Raymond CARVER. El vestuario de CHEJOV y la estética de la habitación corresponden a la del siglo XIX, mientras que el vestuario de CARVER es de los años '80.

Silencio.

CARVER: Pero usted lo sabía... ¿Cómo no ibas a saberlo siendo médico? *(Pausa)* Sabía que le quedaba poco tiempo y aun así, le decía a todos que estaba bien. Escribía a su madre diciendo que mejoraba, miraba el horario de los trenes planeando viajes con Olga... Pero lo sabía.

CHEJOV *responde siempre con tono afable.*

CHEJOV: No hace falta ser médico. Usted también sabe que le queda poco tiempo, y aun así, está escribiendo este cuento. *(Cogiendo la mano de CARVER)* Déjelo, váyase de viaje con Tess. Si mi cuerpo me lo permitiese, estaría ahora con Olga en Marsella y no en este hotel.

CARVER: Lo haré, la llevaré a Rusia. *(Pausa)* Pero antes tengo que acabar con este cuento. ¿Acaso no acabó usted *El jardín de los cerezos*?

CHEJOV: Tiene razón... Siga pues, cuénteme cómo acaba la historia.

CARVER: Pues ahí está la gracia. Habrá un después de la muerte.

CHEJOV: Yo, personalmente, no hablaría del más allá.

CARVER: Totalmente de acuerdo. Pero no me refería a eso. Me refiero a qué pasa después de que alguien muere. Se trata de un momento cargado de emoción, pero tienes que encargarte de todas las cuestiones prácticas... Bien, Olga está su lado recostada en la cama, y de repente, llaman a la puerta. *(Golpea con los nudillos sobre la mesita de noche un par o tres de veces)*. Olga va a abrir *(con el manuscrito de su cuento "Errand" en las manos se levanta, va hasta la puerta y la abre.)*.

A partir de este momento CARVER irá moviéndose por la habitación interpretando los papeles de Olga y del botones dirigiéndose siempre hacia CHEJOV como supuesto interlocutor.

Es el botones, el mismo chico rubio que trajo la botella de champagne. “Buenos días, señora.” –le dice. Trae con él un jarrón de porcelana con tres rosas amarillas. Olga simplemente le da paso, con una expresión muy ausente y distraída (*cierra la puerta*). “Vengo a recoger las copas, la bandeja y la cubitera, señora.” Olga no contesta. “Si... y también venía a decirles que hoy el desayuno se sirve en el jardín debido al extremo calor. Espero que no les resulte muy molesto, el calor...” Olga esta así (*cruza los brazos cogiéndose los codos*) quieta, y tiene la mirada perdida en la alfombra. El chico no sabe qué hacer, mira la habitación, ve la botella medio llena y los vasos vacíos, baja la mirada hacia la alfombra y ve el corcho. Está por coger el corcho pero se da cuenta de que todavía tiene el jarrón con flores en las manos. Desde la entrada sólo se puede entrever la mitad de la cama, por lo cual sólo ve la mitad de su cuerpo, no sabe que está muerto, pero empieza a sentirse incómodo. Carraspea un poco, trasladando su peso de una pierna a la otra; incluso se ruboriza un poco. “Quizá los distinguidos huéspedes prefieren desayunar aquí. –dice– Yo estaría encantado de subir una bandeja.” Mira hacia el dormitorio y se corrige con torpeza “Dos bandejas.” Olga sigue ausente, y el chico se siente cada vez más incómodo. Ella sacude la cabeza como volviendo a la realidad. “No. El desayuno, no. De ninguna manera. Necesito que me haga un favor” y Olga tiene que coger su bolso y buscar dinero para darle propina al chico. “Vaya a la funeraria más respetable de la ciudad. Hágalo personalmente, por favor. Tenga (*haciendo el gesto de dejar unas monedas en la mano de CHEJOV*). Tráigame un hombre respetuoso, alguien que vaya hacer un buen trabajo. Alguien digno de enterrar a un gran artista. ¿Me escucha?” El joven sigue sosteniendo el vaso con flores, como si le fuera la vida en ello y mira a Olga abochornado, sin saber qué responder ni qué hacer. Ahora es él el que está ausente. Y aquí escribiría toda una especie de flujo de conciencia en el que el botones se imagina a sí mismo cumpliendo lo que Olga le pide: “tendría que pedir permiso para salir del hotel, tendría que ir con mucho cuidado porque esto es un recado muy importante... esta gente es muy importante, sí. Iría caminando y llamaría a la puerta de la funeraria, aunque para eso tendría que dejar el vaso con flores en el suelo, porque ¿Dónde dejo sino el vaso de flores? El hombre de la funeraria debe ser un hombre serio, de unos cuarenta. Señor, tiene usted que acompañarme, Anton Chéjov

está muerto, señor, venga conmigo por favor. ¿Anton Chéjov?” Pero mientras él piensa todo esto Olga está desesperada por el dolor que le implica tener que ocuparse de esto y no recibir respuesta del joven, y tener que decir que Anton Chéjov está muerto: “¿Me escucha usted? Diga algo, al menos asienta con la cabeza si me escucha, ¡Anton Chéjov está muerto!” (*CARVER ha quedado a apenas medio metro de CHEJOV*).

CHEJOV: (*Con voz temblorosa*) Sí, comprendo... Anton Chéjov está muerto...

Silencio (CARVER se retira, devolviéndole a CHEJOV su espacio vital).

CHEJOV: Vaya, sabe, me gusta su estilo, es sutil, ¡que buenos personajes! ¡si Olga parece más Olga en su cuento que en la realidad! Y todo apenas con un detalle, el botones, que bueno... ¿cómo ha dicho? “balanceando su peso de una pierna a la otra”

CARVER: Sí, “trasladando su peso de una pierna a la otra”

CHEJOV: Exacto, genial. Ahí están los cuentos, en esos detalles, y usted lo sabe, se nota.

CARVER: No sabe lo que para mí significan esas palabras viniendo de usted...

CHEJOV: Era pura adulación, tranquilo. *Se ríen.*

CARVER: (*Sonriendo*) Ah, vale...

CHEJOV: No, ahora en serio. Los detalles, como le digo, son magníficos pero hay algo que no me cierra, un punto de la historia que no es del todo sutil. Pero tampoco me haga mucho caso, al fin y al cabo, para usted soy un escritor del siglo pasado...

CARVER: (*Con tono irónico*) ¡Ni eso! usted no es más que un cuentista. Pero dígame, a lo mejor me sirve de algo su “humilde opinión”.

CHEJOV: La aparición del botones. (*Haciendo una mueca de desagrado con la boca*)

CARVER: Si, quizá es muy torpe por mi parte hablar de su muerte con un tono cómico. Espero no haberle ofendido.

CHEJOV: ¡Por favor, qué ideas se le ocurren! ¿Cómo iba a ofenderme? ¿Se olvida de que yo también soy escritor? Nosotros, somos los únicos capaces de captar la ironía del drama, la carcajada de la tragedia. Incluso cuando se trata de nuestra propia vida.

Pausa

CARVER: Entonces, ¿qué es lo que no le encaja? Ese chico ahí con las flores en las manos es justamente la ironía de la vida.

CHEJOV: Sí, lo es. Es irónico y sutil el chico llamando a la puerta con flores amarillas. Es irónico y sutil el chico comunicando que el desayuno se sirve en el jardín. Y también es irónico y sutil Olga que no lo escucha y que se siente aturdida interiormente por la contrariedad de ese momento. Pero ya no puede alargarse más. Quiero decir, que la ironía es apenas un guiño al espectador. Usted alarga la situación, la deforma, la exagera. Acaba siendo algo muy incómodo, algo que pierde conexión con el hecho central de la historia, que es la muerte.

CARVER: No estoy de acuerdo. Yo creo que es la parte central del cuento; de hecho el título de la historia será “Recado”. Porque en la realidad la ironía nunca es tan sutil, la ironía es brutal, la vida no nos guiña el ojo, la vida nos pega bofetadas. Cuando se muera, Olga tendrá que seguir adelante, y eso quiere decir que tendrá que recibir a un botones que viene a limpiar, que tendrá que contarle a un entrevistador qué decía cuando deliraba, que tendrá que comer, que tendrá que dormir, que tendrá que olvidarle. *Pausa.* También Tess. También ella tendrá que hacerlo.

Silencio.

CHEJOV: Quizá tenga razón. Quizá esa es la distancia literaria de un siglo. Yo hablo de ironía y usted habla de “flujos de conciencia”.

CARVER: *(Sonríe)* Flujo de conciencia. Verá, en el siglo XX, como ya no podemos inventarnos cosas nuevas nos inventamos términos nuevos para las cosas de siempre. No crea que avanzamos mucho.

CHEJOV comienza a delirar y a subirle la temperatura.

CHEJOV: Ya lo creo que no. Japón. Hay que ir a Japón. Mañana saldré sólo a pescar y pasaré el día en el barco. Tienen pinturas con mujeres desnudas haciendo el amor. Yo soy un marinero japonés, no me gusta estar en tierra...

Entran OLGA y el DOCTOR SCHWÖRER. CARVER se aparta a un rincón, desde donde observa la escena. OLGA y el DOCTOR no pueden verlo, CHEJOV sí.

OLGA: Comenzó a subirle la temperatura, mire, está ardiendo. Y ahora delira...

Mientras CHEJOV delira, el DOCTOR lo revisa, se da cuenta de que le queda poco, pero no dice nada. Le pone una inyección de alcanfor. El escritor tiene el cuerpo cubierto de sudor y su cara está muy pálida.

CHEJOV: ... Porque los marineros saben vivir, los escritores no... el tiempo del escritor es el del narrador, el de los personajes, el de los otros escritores... y además los marineros comen pescado... trucha, salmón, dorada, todos los días pescado... los escritores se pescan flujos de conciencia... son asquerosos, viscosos, los flujos...

DOCTOR: *(Manteniendo la calma)* La inyección no está dando resultados. Tendré que llamar para que traigan oxígeno.

CHEJOV deja de delirar y se incorpora, le cuesta respirar. Mira a CARVER, y luego al DOCTOR.

CHEJOV: *(Muy tranquilo)* ¿Para qué? Antes de que llegue el oxígeno yo seré un cadáver.

El DOCTOR lo mira abatido porque no puede hacer nada. Sin mediar palabra, se dirige a la antesala, donde hay un teléfono en la pared. Coge la tarjeta con indicaciones y números que hay al lado del teléfono, se la mira, y llama a recepción:

DOCTOR: Hola. Suba una botella del mejor champagne que tengan en la casa... ¡Tres copas! *(gritando por el micrófono del teléfono)*. Y dese prisa, ¿me oye?

El DOCTOR espera en la antesala. Mientras, OLGA se mantiene al lado de CHEJOV sosteniéndole la mano. Se escucha el tic-tac del reloj. Finalmente llaman a la puerta y abre el doctor. Traen una bandeja con el champagne y las tres copas. El descorcha la botella evitando la explosión festiva. Sirve las tres copas y las lleva al dormitorio. OLGA ayuda a CHEJOV a coger la copa. Éste mira a CARVER y él le devuelve la mirada con un gesto de respeto de la cabeza. Luego CHEJOV se vuelve hacia OLGA y el DOCTOR. No brindan, sólo se miran.

CHEJOV: Hacía tanto tiempo que no tomaba champagne.

Toman el champagne en silencio. OLGA coge la copa vacía de las manos de CHEJOV y la deja en la mesita de noche. CHEJOV la mira, cierra los ojos, y deja de respirar. El DOCTOR coge con una mano la muñeca de CHEJOV y con la otra saca un reloj de su bolsillo; abre la tapa, mira el reloj. Tras un minuto así, suelta la muñeca.

DOCTOR: Se acabó.

Cierra el reloj y lo vuelve a meter en su bolsillo. OLGA se seca las lágrimas e intenta componerse para despedir al DOCTOR. OLGA y el DOCTOR caminan hacia la puerta de la habitación mientras un gradual cambio de luz deja de iluminar la habitación para iluminar tan sólo a CARVER. Una vez en la puerta vemos como OLGA despide al DOCTOR, pero no oímos sus voces. El DOCTOR sale de la habitación y en ese momento CARVER, sale del decorado rompiendo la cuarta pared, da la vuelta a todo el escenario, coge unas flores amarillas de cajas y sitúa en la parte exterior de la puerta de la habitación, OLGA todavía sostiene el pomo después de haber despedido al DOCTOR. CARVER golpea a la puerta y OLGA abre.

FIN